

## El dictador que me cogió del cuello

RUBÉN ADRIÁN VALENZUELA EL 11 DE DICIEMBRE DEL 2006

*El general decía que estaba hasta la coronilla de mí por las informaciones que publicaba en el diario 'El Mercurio'*



Los fines de semana, preferentemente en sábado, **Augusto Pinochet** solía visitar el edificio en ruinas de La Moneda, para supervisar, según él, las obras de reconstrucción del palacio que sus propias bombas habían destruido. Algunos de los que le acompañaban susurraban, de modo perverso, que lo que en realidad estaba haciendo era buscar al fantasma de **Salvador Allende**, a quien, pisando las mismas alfombras que ahora solo eran restos chamuscados y viscosos, había prometido lealtad, fidelidad y "derramar mi sangre si es necesario", para defender la legalidad.

Yo, que hasta la noche antes del golpe militar había estado acompañando al presidente **Allende** en ese mismo palacio ahora hecho escombros, no había vuelto nunca a La Moneda y en el diario *La Tercera*, donde trabajaba en 1978, tenía instrucciones de no acercarme por allí ni para hacer fotos.

Sin embargo, un sábado de verano en que las redacciones suelen ir escasas de personal, no tuvieron más remedio que mandarme a seguir al dictador, y en uno de los desvencijados salones del segundo piso --donde habían funcionado las oficinas del Ministerio del Interior--, me vio y se vino hacia mí para cogerme con su brazo derecho por el cuello. "¡No saquen fotos y déjenos solos", gritó mientras me llevaba hacia un rincón.

"Te voy a cortar las pelotas", dijo con una amplia sonrisa, y todavía sin soltarme, espetó: "¿No decías que eras mi amigo? ¿De dónde te viene esa manía de agrandar las cagaditas del Gobierno y sacarlas así de grandes en tu periódico?" Me soltó para hacer un gesto con las manos, pretendiendo dibujar un gran titular de prensa. "No te gusta nada de lo que hago, huevón", volvió a espetar, y sin dejarme hablar preguntó por *los cabros* (mis hijos pequeños) y por la familia. Luego se adelantó unos pasos, se volvió para mirarme y, mientras me apuntaba con el índice de la mano izquierda, advirtió: "Mañana te voy a leer con lupa, huevón, y espero que estés a la altura...".

No volví a verle jamás en persona, pero cada tanto mis jefes llegaban con noticias

de que *el general* se había quejado de mis reportajes. Decía que estaba hasta la coronilla de mí, cosa que a uno de los propietarios del diario, el judío mallorquín **Germán Picó**, le resultaba doblemente ingrata porque, amén de escuchar las diatribas de **Pinochet**, tenía que defenderme sin estar de acuerdo para nada conmigo.

El militar sabía, sin embargo, que, a menos que él lo pidiera, yo seguiría trabajando en el único diario que, en ese momento, le permitía decir que bajo su régimen había libertad de expresión. Incluso permitió que durante el conflicto de Chile con Argentina por el control y soberanía de unas islas al sur del estrecho de Magallanes yo formase parte de una delegación de periodistas que iban a ser testigos neutrales del inicio de las hostilidades. Se pensaba que la guerra era inminente y que la dictadura de **Videla** sería la primera en abrir el fuego, cosa que deberíamos certificar ante los organismos internacionales, incluido el papa **Juan Pablo II**, que a los efectos oficiaba de mediador. Cuando no pasó nada y volvimos al continente, el director **Alberto Guerrero**, el periodista favorito de **Pinochet**, me comentó que "el general se lamentó mucho de que los argentinos no se hubiesen atrevido a abrir fuego, porque esperaba que uno de los primeros en caer fueras tú".

ANTES DE LA derrota de la democracia, yo había tratado mucho a **Pinochet** desde mi primer trabajo como reportero de defensa en un diario de Iquique, en el extremo norte del país. Allí él servía como comandante en jefe de la Sexta División de Ejército y solía recorrer las distintas guarniciones bajo su mando, todas en el desierto de Atacama. Esa zona, donde se sitúan los principales escenarios de las batallas de la guerra del Pacífico --Perú y Bolivia, con el apoyo argentino, se enfrentaron a Chile en 1879 y, como consecuencia, Bolivia perdió su acceso al mar-- es especialmente significativa para el Ejército de Tierra y la Marina de guerra. Allí buscaba **Pinochet** los materiales históricos y la inspiración para uno de sus primeros libros, *La Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá*, y en uno de sus viajes en camión, y por caminos de arena y de sal, le acompañé, sentado codo con codo, en la cabina del vehículo, al lado del piloto.

Era locuaz y alegre y le gustaba hacer chiste de las situaciones más inesperadas. Su pasión era la geopolítica, materia que había enseñado como instructor militar, y pensaba que Bolivia no debía existir como nación "porque esos cholitos no están ni estuvieron nunca preparados para gobernarse a sí mismos". Detestaba la figura del Libertador **Simón Bolívar**, y cuando dio a la imprenta los originales de su libro *Geopolítica*, en el que proponía la desmembración de Bolivia como nación independiente, sus asesores y el Gobierno tuvieron serias dificultades para convencerle de que debía moderar sus críticas. Yo pensé muchas veces que, ya encaramado en el poder, insistiría en sus ideas, pero se ve que quienes le convencieron, en democracia, le dieron buenos argumentos para que cambiara de idea.

EN IQUIQUE frecuentaba mucho la casa de un primo político mío, y hacia allí solía llevar pescados o mariscos que recolectaba durante sus viajes, para que se los preparara con mano maestra el dueño de la casa. Allí, en esa casa de familiares de mi exesposa, le esperaba **Luciita**, como llamaban coloquialmente a

**Lucía Hiriart de Pinochet.** Ella se pasaba la vida mirando telenovelas baratas, tejiendo y destejiendo bufandas y calcetines, y jamás hablaba de política: "Yo de esas cosas no entiendo", decía. Allí estuve en serio peligro de convertirme en compadre del general, quien enterado de la venida al mundo de mi hijo **Mauricio** (muerto a los 26 años en un accidente en el baño de su casa), me ofreció "un padrino de tres estrellas", en alusión a su grado de general de división. Con mucha diplomacia, la madre de mis hijos y yo respondimos que estábamos buscando alguien más joven que nosotros, "para que pueda hacerse cargo del niño en caso de que faltemos".

Nada parecía indicar que se iba a convertir en el dictador sanguinario y cruel que la historia ha conocido, y todas sus ambiciones no iban más allá de un retiro honroso y acomodado, y soñaba con volver a instalarse en una casita, cerca del mar, en Iquique, donde iba a seguir frecuentando a sus amigos pescadores y los escenarios de batallas famosas. Cuando se hizo con todo el poder y todas las riquezas de Chile, encomendó a otro periodista iquiqueño, **Ernesto Olivares Montt**, que le comprara mansiones, todas con piscina y helipuerto, para preparar su retiro allí. Al parecer, dichas compras se financiaron con dineros procedentes del tráfico de drogas, porque **Olivares Montt** todavía cumple hoy una larga condena por ese delito del cual nunca se pudo inculpar a **Pinochet**.

Cuando le trasladaron a Santiago de Chile como jefe del Estado Mayor y profesor en la Academia de Guerra, se produjo la elección que llevó a **Salvador Allende** al Gobierno. Él salía y entraba de los despachos con muy poca presencia y se diría que había llegado al final de su carrera. Más aún cuando, por culpa mía, se vio envuelto en un incómodo incidente que **Allende** le perdonó "porque **Pinochet** goza de toda mi confianza".

Ocurrió que un 21 de mayo, cuando el presidente de Chile debía asistir al Congreso en pleno para rendir un estado de cuentas de la nación, **Pinochet**, como jefe de la plaza militar de Santiago, debía rendir honores al mandatario. A caballo y al frente de una nutrida formación militar, el general esperaba la salida de **Allende**, quien hablaba al país por una cadena nacional de emisoras de radio y televisión. En un momento dado, me acerqué a saludarle y él, desde su cabalgadura, se agachó a darme la mano con tan mal criterio que su casco cayó al suelo yendo a dar, con gran estrépito, entre las patas de los caballos, que hicieron amago de encabritarse.

**Allende** ya desfilaba por la alfombra roja que le conduciría hacia el coche descubierto en el que se iba a trasladar a La Moneda y **Pinochet**, sin casco, daba órdenes destempladas y confusas para que recuperaran su dignidad militar, pero ni por esas: el primer tramo escoltando a su superior hubo de hacerlo con la cabeza descubierta... Y muchos pensaron que hasta allí llegaba el general, cosa que, como sabemos, no hacía más que empezar.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 